

TEMA 9. La literatura hispanoamericana contemporánea: poesía americana después de las vanguardias, la novela regionalista, la novela del boom, la narrativa posterior al boom.

La historia de Hispanoamérica en el siglo XX es la de una región asolada por dictaduras, crisis económicas y constantes conflictos internos, heredados de la emancipación española y la dominación estadounidense posterior. Todo este panorama supone el caldo de cultivo para las revoluciones de corte populista como la cubana de 1959 y las dictaduras militares de otros países que, poco a poco, han ido dando paso desde los años 90 a gobiernos democráticos, aunque se mantiene la inestabilidad general en muchos de ellos.

Respecto a la poesía hispanoamericana, después de las vanguardias, en las que se incluyen poetas importantes de la talla de Huidobro, los primeros años de Borges, César Vallejo o Pablo Neruda (*Residencia en la tierra*), se continúa la línea de la rehumanización por parte de autores como Raúl González Tuñón y otros representantes de la llamada poesía negra, que fusionan el vanguardismo con los ritmos folclóricos, como Nicolás Guillén (*Motivos del son*). A veces, esta rehumanización se produce con un estilo barroco, el “trascendentalismo”, como es el caso de Octavio Paz (*Libertad bajo palabra*), y otros muchos poetas siguen distintos derroteros líricos, como es el caso de la “antipoesía”, más irónica, antirretórica y prosaica, del chileno Nicanor Parra. A partir de los años sesenta, la poesía hispanoamericana se ve ensombrecida por la narrativa, a excepción de la figura de Jorge Luis Borges, en una línea cercana a la metafísica; otros nombres son Blanca Varela, Mario Benedetti o Álvaro Mutis, entre otros.

Hablando ahora de la narrativa hispanoamericana de principios del siglo XX, debemos decir que después de la prosa modernista, la búsqueda de una identidad nacional se realiza a través del folclore y las costumbres tradicionales y se centra en cuatro temas esenciales: la naturaleza americana por medio de la “novela regionalista” con autores como José Eustasio Rivera (*La vorágine*), Ricardo Güiraldes (*Don Segundo Sombra*) y Rómulo Gallegos (*Doña Bárbara*); la denuncia de la injusticia social por medio de la “novela indigenista” como se aprecia en las narraciones de Jorge Icaza (*Huasipungo*) o la literatura negra posterior de Alejo Carpentier (*¡Ecué-Yamba-Ó!*); los acontecimientos históricos, en especial la “novela de la Revolución mexicana”, con la pionera en el género, *Los de abajo* de Mariano Azuela, y que se prolonga hasta los años cincuenta con la obra narrativa de Juan Rulfo e, incluso, más tarde con novelas de Carlos Fuentes; y los problemas del hombre de la ciudad a través de la “novela urbana del Plata” con autores como Roberto Arlt (*El juguete rabioso*), especialmente ligada a Buenos Aires.

A partir de los años 40, aparece una “nueva novela”, centrada en la realidad vital del hombre contemporáneo mostrando importancia tanto en las formas como en el contenido. Los escritores fusionan las innovaciones de los europeos como Faulkner, Joyce o Proust y los elementos legendarios del “realismo mágico”. En este sentido aparecen nuevas corrientes narrativas que se traducen en la novela de dictadores, a través de cuyos protagonistas se denuncian estos regímenes, como *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias, *El recurso del método* de Alejo Carpentier (uno de los teóricos del concepto de lo real maravilloso, específico de la idiosincrasia de este continente) o *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez; la novela metafísica, con temas como el tiempo o el sentido del universo con novelas como *La invención de Morel* de Adolfo Bioy Casares y los cuentos de Borges; o la novela existencialista, en las que se ofrece una reflexión amarga sobre el sentido de la existencia humana como *El pozo*, de Juan Carlos Onetti, o *El Túnel*, de Ernesto Sábato.

El conocido como “boom” de la novela hispanoamericana de los años 60 es, a la vez, un fenómeno literario en el que se integran las influencias anteriores, y un fenómeno sociológico, por la gran difusión internacional de esta narrativa. Entre los autores del momento, destacamos a Mario Vargas Llosa, con obras como *La ciudad y los perros*, en sus comienzos, o *La fiesta del Chivo*, en la que se muestra una gran evolución ideológica, Julio Cortázar que refleja gran experimentación formal en su *Rayuela*, Carlos Fuentes (*La muerte de Artemio Cruz*) de raíz mexicana, José Donoso, Augusto Roa Bastos o el gran Gabriel García Márquez, que integra los modos tradicionales con el realismo mágico (*Cien años de soledad*), así como el ya citado Juan Rulfo (*Pedro Páramo*).

Con el paso del tiempo y debido a discrepancias a la hora de entender ciertas situaciones, los integrantes del “boom” fueron perdiendo la imagen de grupo. Así, los caminos narrativos son muy diversos a partir de los años 70 y 80. La incorporación natural de lo mágico a la vida cotidiana se continúa en las obras de Isabel Allende (*La casa de los espíritus*) y otros que, además, incorporan el humor (*Rosaura a las diez*, de Marco Denevi); el humor y la ironía son clave, también, en la interpretación de ciertas realidades como las plasmadas por Alfredo Bryce Echenique (*Un mundo para Julius*) o de Roberto Bolaño (*Los detectives salvajes*); las referencias literarias son determinantes en Antonio Skármeta o Luis Sepúlveda (*Un viejo que leía novelas de amor*), así como las cinematográficas en Manuel Puig o Jorge Volpi; y, por último, algunos autores como Severo Sarduy o Salvador Elizondo dan una gran importancia a la forma y la elaboración lingüística, cercana al estilo barroco. En general, son novelas menos comprometidas y más enfocadas hacia problemas individuales, con autores como Guillermo Cabrera Infante, Zoe Valdés, Eduardo Galeano o Laura Esquivel, entre otros muchos.

Para finalizar, cabe hablar del hecho de que el año 1920 se considera también el punto de partida de la cuentística contemporánea con características muy similares a las del cuento europeo nacido de la mano de Poe: brevedad, rígida estructura, habituales finales sorprendentes (abiertos o cerrados) y trama única. Podemos considerar tres líneas temáticas: la realista, que pretende ser testimonial, al estilo de Horacio Quiroga o Mario Benedetti; la fantástica, que introduce algún elemento de extrañeza con autores como Borges (*El Aleph*), Bioy Casares, Cortázar o Augusto Monterroso que sobresale como el maestro del microrrelato; y, por último, la del realismo mágico, en la que realidad y fantasía no funcionan como elementos antagónicos, como en Juan Rulfo, García Márquez o Miguel Ángel Asturias, entre otros muchos.

En conclusión, la revisión de este muestra la gran variedad que se presenta tanto en poesía como en narrativa en esta parte del mundo, en la que se ve una mezcla de influencias europeas y vanguardistas, con las características idiosincrásicas del continente americano, dando especial importancia a la narrativa de los años 60, que representa el “boom” de la novelística y cuentística hispanoamericana.